Al salir de la Basílica se encuentra el *Forum civile*, vasto monumento que comprendía una área de ciento cincuenta y siete metros de largo por treinta y tres de ancho, todo enlozado de mármol y rodeado de pórticos, el cual servía para las reuniones públicas. Hay también restos de otro Foro, bastante amplio, llamado *Forum triangulare*, por la forma que tenía.

Las *Termas* públicas que ocupan una grande superficie de tierra, son también sumamente notables y merecen una detenida visita. Hoy no quedan más que las salas de los baños, pero aún es fácil distinguir el *frigidarium*, baño frío, del *tepidarium*, baño tibio, distinguiéndose todavía en las bóvedas de estos vastos salones las pinturas que las adornaban. El caño conductor del agua se conserva en perfecto estado. Pueden también visitarse otras *Termas* recientemente des cubiertas.

Son por último, muy notables, entre los edificios públicos de que venimos hablando, el *Gran Teatro*, y *Teatro Pequeño* y el *Anphiteatro* destinado á los combates de los gladiadores y de las fieras. Menor que el de Roma, tiene con éste grande semejanza, en cuanto al orden de la construcción, y se calcula que cabían cómodamente en él más de doce mil espectadores.

Después de haber recorrido todos estos sitios, no quisimos dar por terminada nuestra expedición sin visitar otros dos lugares de que hablan con interés los viajeros, porque ambos son interesantes para el estudio de las costumbres, aunque por diferentes motivos. El barrio donde estaban las casas públicas ó de prostitución y la calle llamada de los sepulcros.

El primero merece visitarse porque al recorrer las casas que en él se encuentran, al contemplar las pinturas de esos lugares de disolución se llega á comprender, mejor que con la lectura de los historiadores, á qué grado había llegado la corrupción de las costumbres en los pueblos entregados á los errores del paganismo. Cuando se leen algunos pasajes de los autores clásicos, especialmente de los poetas, cree uno que hay exageración en lo que refieren. Pero al visitar á Pompeya queda uno convencido de que han dicho la verdad.

La calle de los sepulcros. que está muy cerca de la Puerta Herculana, es una de las ocho puertas que daban entrada á la ciudad, y es igualmente interesante, aunque por un motivo como hemos dicho muy diferente. Ofrece á nuestra consideración una doble ruina, nos presenta la imagen de una doble destrucción: la destrucción del hom-

bre por la muerte, y la destrucción de una gran ciudad, por efecto de una de las más grandes catástrofes de que hace mención la historia. Si es triste recorrer con lento y mesurado paso aquellas calles desiertas donde en otro tiempo se agrupaba una multitud bulliciosa, penetrar en aquellas habitaciones vacías que todavía nos dan á conocer en sus pinturas y en sus inscripciones el lujo de sus antiguos moradores; no es menos honda la emoción que agita nuestro espíritu cuando contemplamos aquellos monumentos fúnebres donde los muertos no encontraron el reposo que buscaban. Después de tantos siglos aun viene la mano del hombre, movida por disculpable curiosidad, á remover sus cenizas, y si los que allí descansan no fueron testigos de la gran catástrofe, una calamidad común ha venido á confundir, ante las nuevas generaciones, las habitaciones de los vivos y los sepulcros de los muertos. Tales son, poco más ó menos, los pensamienfos que ocupan la mente del viajero, cuando cansado de recorrer aquellos tristes sitios se detiene á descansar en el banco de piedra que está junto al sepulcro de la sacerdotisa *Mamia*.

Abandonando, aunque con pena unos lugaaes donde habíamos experimentado tan profundas emociones, y satisfecha algún

tanto, si no del todo, nuestra curiosidad, antes de dirigirnos al hotel Diomedes donde debíamos almorzar, dimos todavía un corto paseo sobre la parte de la ciudad que aún permanece oculta bajo una capa de tierrra de origen volcánico. Es esta tan deleznable y tan fina que los piés se hunden al pisarla. Vimos algunas excavaciones que aún se estaban practicando, no sabemos si por los campesinos que habitan aquellos contornos ó por los empleados del gobierno La perspectiva que allí se disfruta es magnífica, y si los ardores de un sol abrasador no nos lo hubieran impedido, habríamos prolongado algo más nuestro paseo.

Con un apetito fenomenal llegamos al hotel, en uno de cuyos departamentos están expuestos para su venta, multitud de objetos curiosísimos y admirablemente trabajados unos de lava del Vesubio, otros de piedra y otras materias duras; éstos figurando antigüedades recogidas entre las ruinas, aquellos fabricados conforme al gusto moderno. Experimentaría grande embarazo el viajero que quisiese comprar todo lo que le llamase la atención.

Ya en la fonda supimos, para nuestra satisfacción, según el dicho del posadero, que en aquel mismo comedor y en la misma me-

sa se había sentado el Emperador D. Pedro del Brasil, el cual, como nosotros, viajeros desconocidos, había ido pocos días antes á visitar las ruinas de Pompeya, buscando en aquellos restos del pasado los medios de satisfacer su imperial curiosidad.

Frente al hotel Diomedes está situado otro, cuyo nombre no recordamos, y más abajo se encuentra la población llamada *Nueva Pompeya*, la cual no debe ser tan pequeña, pues tiene una hermosa catedral, recién construída, según parece. No tuvimos tiempo de visitarla; pero sí nos llenó de admiración el valor de aquellas gentes que construyen sus casas, edifican monumentos y se establecen de una manera permanente, á los pies del coloso que sin cesar los amenaza, pudiendo decirse sin faltar á la verdad, que en la obscuridad de la noche se ven alumbrados por las llamas cárdenas que salen de la boca del volcán.

A nuestro regreso á la ciudad nos esperaba una agradable sorpresa que no formaba parte de nuestro programa. Poco después de haber salido de Pompeya comenzamos á encontrar, unos después de otros, varios carros adornados con follaje y banderolas de diversos colores, y tripulados por una multitud de hombres, mujeres y niños, que tocando diversos instrumentos y dis-

parando petardos y armas de fuego, daban muestras de la más bulliciosa alegría. Nuestro cochero nos informó que eran vendimiadores que celebraban las primeras ventas que iban á hacer á Nápoles del vino cosechado en aquel año. Difícil es describir un cuadro tan animado como el que se presentaba á nuestra vista. Pasaban de seis los carros que á diferentes distancias iban delante de nosotros ó nos seguían; todos ellos, como ya dijimos, adornados de mil maneras y ocupados por personas vestidas con los trajes más pintorescos. Mucho celebramos haber encontrado esta oportunidad que no esperábamos, de conocer una de las costumbres características de los campesinos napolitanos.

Mas bien pronto nuestro placer se convirtió en angustia, porque estimulado nuestro cochero por los gritos y los clamores de aquellos sus alegres compatriotas, comenzó á azuzar á sus caballos más de lo debido hasta entablar con los conductores de los carros una verdadera competencia en la cual cada uno pretendía salir vencedor. Momentos hubo en que creíamos ver volcado nuestro caruaje ó desbocado el tiro que lo arrastraba; y todo en medio del estruendo de la música, de los gritos de los competidores, de las risas de los muchachos y de

las mujeres, y de los disparos de las escopetas. Felizmente para nosotros, el carro guiado por el más entusiasmado de nuestros émulos cayó hecho pedazos en la mitad del camino y acudiendo sus compañeros á levantar á los caídos y ayudarles á reparar el daño que habían sufrido, salimos nosotros vencedores de tan empeñada contienda.

Uno de nuestros compañeros reprendió vivamente al cochero por habernos convertido en héroes contra nuestra voluntad y así terminó aquella divertida, aunque peligrosa escena.

Entre las condiciones ajustadas con el cochero entraban la de que á nuestro regreso debía traernos por diverso camino del que á la ida habíamos llevado. Esto nos hizo pasar por *Resina*, donde se encuentra la entrada á las excavaciones de Herculano, que no tuvimos tiempo de visitar. Después, ya, en la ciudad, tomamos la *Strada de Marinella* hasta llegar á la *Villa del Popolo* paseo encantador que no habíamos tenido oportunidad de visitar. Este paseo está formado sobre una isleta, unida á la tierra firme por una estrecha lengua de tierra. Es propiamente una península en miniatura, y fácil es comprender qué aspecto tan agradable ofrecerán las arboledas, las flores, las

frutas y las estatuas que forman este paseo, brotado, por decirlo así, del fondo de las aguas. Fué sin duda un pensamiento muy acertado aprovechar aquella isleta en la formación de un paseo público, que si no iguala en extensión y en magnificencia á la famosa *Villa Nazzionalle*, seguramente le supera en poesía y en encantos naturales.

Dadas las ocho de la noche llegamos á nuestra posada, empleando el siguiente día en visitar algunos otros monumentos de que ya hemos dado noticias á nuestros lectores.

No cabe dudar de ello, Nápoles, por la suavidad de su clima, la hermosura de su cielo, su incomparable golfo y su exuberante vegetación; por los ricos monumentos que encierra, por los recuerdos hitóricos que despierta, y por su importancia marítima y comercial, es digna de la admiración del viajero y debe colocarse entre las grandes capitales de Europa.